

Introducción general

José Luis Coraggio

Jean-Louis Laville

A comienzos del siglo xx el liberalismo económico había impuesto sus principios y reglas: el mercado liberado en nombre del progreso llevó a una competencia salvaje entre las economías nacionales de las naciones industrializadas, y los gobiernos recurrieron a acciones desestabilizadoras del orden interestatal con efectos que serían devastadores: las luchas sociales desbordaron los canales institucionales y la precariedad y la incertidumbre se generalizaron entre la población.

Como mostró Karl Polanyi (1983), durante la preguerra surgieron dos opciones para poner orden y cohesionar la sociedad. Aunque con proyectos sociales opuestos, ambas estaban centradas en un Estado autoritario: la Revolución rusa y el fascismo. Luego vino la Segunda Guerra Mundial. La voluntad de evitar repetir los errores que habían conducido a la guerra explica la preeminencia, al finalizar esta, del imaginario de un desarrollo que aseguraría la paz. Ya en 1945, la Declaración de Filadelfia refleja un consenso internacional según el cual el progreso económico solo vale si está al servicio del progreso social.

No obstante, este acuerdo sobre las finalidades coexiste con una oposición sobre los medios que estructuran las relaciones internacionales en torno a los dos bloques del Este y del Oeste que se presentaban como la opción socialista y la socialdemócrata para lograr la justicia social. La planificación centralizada de la producción y satisfacción de las necesidades de todos y el New Deal con sus políticas keynesianas de mercado regulado fueron la base de la acción de los respectivos Estados.

Las demandas de democratización que se expresan a partir de los años 60 trastocarían esta visión dual del mundo: con las luchas de liberación nacional se alcanza la independencia formal de los países del Sur, y se forma el Movimiento de Países no Alineados, que quiere diferenciarse de ambos bloques; junto con el Informe de Roma de 1972 se marcan los límites que pone la naturaleza al crecimiento económico y la ecología política desestabiliza las creencias propias de la socialdemocracia y del socialismo, imponiendo

interrogantes inéditos sobre el devenir humano; nuevos movimientos sociales cuestionan, con mayor amplitud, la ideología del progreso que constituía una base común al liberalismo y al marxismo.

El final del siglo xx está profundamente marcado por el derrumbe del “socialismo real” y la revelación de su carácter totalitario, dejando al sistema capitalista sin paradigmas alternativos. Aprovechándose de esta coyuntura, se instala un nuevo conformismo que exalta la convergencia entre democracia y mercado. Conservadores y monetaristas intensifican sus ataques contra las políticas económicas keynesianas y los programas del Estado social. Los primeros experimentos de liberar el mercado se imponen desde los 70 en América Latina por medio de dictaduras, poniendo entre paréntesis al sistema político liberal y a las organizaciones sociales autónomas, revirtiendo los derechos sociales adquiridos y reprimiendo las reivindicaciones populares. El triunfo de Reagan en 1980 envalentona a la derecha y su proyecto neoconservador, y Estados Unidos se proyecta como la única potencia global con un plan de dominio económico y militar. Con la adopción del Consenso de Washington en 1989, queda ratificada la ofensiva del neoliberalismo. Se avanza en una construcción institucional de alcance jurídico global al servicio de las grandes corporaciones.

En 1945, el capitalismo amenazado aceptaba ser contenido dentro de los límites establecidos por el poder político; a partir de 1989, el nuevo capitalismo globalizado propone un régimen donde iba a reinar sin límites. La izquierda presencia, paralizada, la instalación del neoliberalismo. En Europa, la izquierda intenta una actualización que atenúa su referencia a la solidaridad, provocando disensos entre quienes son partidarios de una adaptación a la nueva situación y quienes, alarmados por la desafección popular, hablan de una “traición suicida”. Es en el preciso momento en el que esta izquierda europea se encuentra profundamente perturbada y dividida acerca de qué respuesta dar a la crisis, que América Latina se convierte en el símbolo de una nueva dinámica democrática, en la que las sociedades se movilizan para demandar la reversión de las políticas neoliberales. Pero los gobiernos electos traicionan el mandato popular, continuando con las recetas del Consenso de Washington y convirtiendo la política en gestión de las crisis sucesivas. Ante esto, las sociedades se movilizan de nuevo, cuestionando ahora el sistema político mismo.

Tras acciones originales tales como las del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) en los años 90, la entrada en el siglo xxi se da con el FSM (Foro Social Mundial) y la aparición de una ola de gobiernos llamados de la “nueva izquierda”, caracterizados por proyectos nacionales populares (en Argentina, Bolivia, Brasil, El Salvador, Ecuador, Honduras, Nicaragua, Paraguay,

Uruguay y Venezuela). El rechazo del tratado de libre comercio propuesto por la administración Bush en 2005 y la creación de la Unasur (Unión de Naciones Suramericanas), de la ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América) y de la Celac (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) en lo internacional, junto con el retorno de la intervención del Estado en la economía y en una redistribución pública que ataca la pobreza, así como algunas reformas constitucionales en lo nacional, dan cuenta del cambio y de la recuperación del contenido transformador de la política. Tales procedimientos políticos están vinculados con el impulso propio de movilizaciones populares que tomaron, entre otras, la forma de la guerra del agua y de la guerra del gas en Bolivia, de las resistencias a la instalación de minas a cielo abierto en los países andinos, de la lucha por la tierra de los campesinos o de las revueltas que demandaron la destitución de poderes impopulares.

Este extraño cruce constituye la tela de fondo del presente libro. Por un lado, América Latina, continente pionero para las políticas neoliberales, está ahora marcado por un movimiento de democratización. Por otro lado, Europa, cuyo modelo social fue durante mucho tiempo considerado como ejemplar, corre el peligro de una regresión autoritaria.

Los virajes de las últimas décadas muestran cómo las invenciones democráticas no dejan de surgir y, a su vez, cómo los logros democráticos nunca son definitivos. Es más, las evoluciones no son unívocas. En América del Sur se mantienen tendencias regresivas, con la continuidad de la integración de México en el mercado común norteamericano, los nuevos signatarios de tratados bilaterales de libre comercio, los fraudes electorales y las tentativas de desestabilizar a los gobiernos de izquierda. También existen las derivas demagógicas. En Europa, los reclamos de democratización, aunque ignorados por parte de las instituciones, siguen vigentes en la sociedad, plasmándose en un sinnúmero de iniciativas ciudadanas y de resistencias indignadas.

En suma, ambos continentes se encuentran en una encrucijada:

- O bien pueden ir hacia un nuevo tipo de autoritarismo, resultante de la connivencia entre grandes empresas y gobiernos; es prueba de ello la irrupción de lo que De Sousa Santos (2009a) llama los “fascismos sociales”, compatibles con una democracia trivializada.
- O bien pueden encaminarse hacia una etapa inédita de democratización que, consciente de los límites de las perspectivas de la izquierda tradicional, pasa por la definición de un proyecto emancipador propio del siglo XXI.

Una especificidad metodológica

Estos elementos de puesta en perspectiva conducen lógicamente a afirmar la especificidad metodológica de este libro: pensar la emancipación en el mundo multipolar contemporáneo supone no limitarse a una aproximación regional. La gran transformación en curso toca los diferentes continentes y pide un diálogo entre ellos. De allí la voluntad de proponer una primera etapa en torno a dos de ellos, con la presentación accesible y sintética de puntos de vista procedentes de América Latina y Europa. Se anticipan las etapas siguientes con la invitación hecha al final de este volumen a sumar otros puntos de vista desde América del Norte, África y Asia. El deseo que hay que formular de entrada es que las diferencias despierten la curiosidad para abrir un debate que estas páginas quieren favorecer. El interculturalismo pasa por un esfuerzo primero de atención al otro respetando sus enunciados específicos, por más sorprendentes y desestabilizantes que puedan ser. En este sentido, en tanto coordinadores, no coincidimos con todas las posturas expresadas a continuación, pero entendemos que reflejan sensibilidades lo suficientemente importantes como para merecer ser leídas.

El conjunto de los capítulos no pretende alcanzar entonces ninguna homogeneidad. Sin embargo, todos los autores, profundamente interpelados por la cuestión de una izquierda para el siglo XXI, presentan dos características: asumen un horizonte normativo, el de una imprescindible democratización de las sociedades contemporáneas, y un deseo común, el de la confrontación constructiva de los puntos de vista. A esto se suma una postura epistemológica: no se puede disociar su trabajo teórico de un compromiso público con fuertes implicaciones en relaciones recurrentes entre actores e investigadores, así como, para muchos de ellos, con responsabilidades asumidas en instancias intermedias entre sociedad civil y política (participación en universidades populares en un marco nacional o internacional, en iniciativas públicas y en movimientos organizados por actores, en la elaboración de nuevas políticas públicas, en procesos de constitución de memorias escritas para iniciativas ciudadanas, en operaciones de traducción entre estas y los responsables públicos, etcétera).

Similitudes, convergencias y complementariedades

En un contexto incierto, la puesta en perspectiva de dos regiones vuelve inteligibles los desafíos con que cada una de ellas se encuentra, en por lo menos dos planos:

- Primero, la duplicidad de las tesis monetaristas se volvió evidente, su defensa de una sociedad libre y abierta perdió toda credibilidad a partir

del momento en el que sus espacios de experimentación fueron regímenes policiales y que su fundamentalismo de mercado se acomodó a las peores exacciones.

- Luego, la existencia de libertades civiles no puede hacer olvidar la amplitud de la cuestión social. El aval a políticas económicas neoliberales por parte de gobiernos electos de América Latina y la pasividad a ese respecto de la oposición institucionalizada, se tradujo en una crisis de legitimidad de los partidos tradicionales. Es esta misma desconfianza la que los poderes europeos, obnubilados por los programas de ajuste estructural, están justamente descubriendo.

Las lecciones aprendidas de las experiencias de América Latina pueden entonces aclarar el tenor de los obstáculos que Europa está enfrentando. Estas mismas similitudes implican convergencias entre posturas que se desprenden del conjunto de los textos:

- A pesar de la variedad de sus diagnósticos, ningún autor se pronuncia por el fin de la historia, y salvo quienes critican con mucho fundamento la propia Modernidad, la mayoría no se pronuncia por la obsolescencia de las categorías de derecha y de izquierda. La izquierda sigue “por un lado exaltando más lo que hace los hombres iguales que lo que los hace desiguales y, por otro, en las prácticas, favoreciendo políticas que apuntan a reducir las desigualdades” (Bobbio, 1996: 133). Se prefiere aquí, más que un discurso que se regocije en un escepticismo o un cinismo, la exploración de nuevas vías en nombre de ideales democráticos de justicia social basada en experiencias recientes.
- Para el caso, la relación entre sociedad política y movimientos de la sociedad es fundamental a la hora de revisar las prácticas y las ideas. Mientras en América Latina el acento está puesto sobre los nuevos movimientos sociales, en Europa la pertinencia de esta referencia es cuestionada, dada la difracción de los procesos de asociación que conducen más bien a hablar, siguiendo a Dewey, de una “sociedad de públicos” (Cefaï, 2007: 464-466) donde la falta de agregación organizada no impide una fuerte presencia de acciones colectivas contestatarias. En todo caso, se plantea en ambos contextos la cuestión del poder y su locus en la sociedad. Como dicen los zapatistas: se trata de pasar del “mandar mandando” al “mandar obedeciendo” (EZLN, 1999). O, como se viene repitiendo, no se trata de tomar el poder centralizado sino de dispersarlo (Zibecchi, 2006) o, para seguir con el vocabulario emblemático de una “nueva radicalidad”, de suscitar una “revolución molecular” (Guattari, 1977) o una política del “contra-poder” (Benasayag y Sztulwark, 2003).

Aparecen, además, complementariedades potenciales susceptibles de concretarse tanto por interpelaciones mutuas, como por la profundización de temáticas en común gracias al cruce entre las respectivas perspectivas:

- En cuanto a interpelaciones mutuas, la noción de populismo es sintomática. Acusado de demagogia, este llamado al pueblo sin mediación es considerado en Europa como una tentación (Ihl *et al.*, 2003) o como una ilusión (Taguieff, 2002), a menudo invocado para estudiar el crecimiento de la extrema derecha. Sin duda acompañado de un peligro recurrente de cesarismo en América Latina, no se puede, sin embargo, separar el populismo de los procesos nacionales populares y de gobiernos de izquierda (Laclau, 2005). El desafío de tomar en cuenta las diferentes acepciones del término “populismo” reside en realizar un examen de las formas democráticas sin jerarquías implícitas. Se trata de interesarse por las divergencias sin copiar lo que en su momento fue la norma en materia de desarrollo, o sea un razonamiento en etapas que remite la periferia a un déficit de madurez y a una trayectoria calcada con retraso sobre la del centro. Antes que buscar modelos con pretensión universal, las izquierdas deben conjugar el análisis concreto de cada situación, como indicaron Gramsci (1971) y Mariátegui (1928). Sin embargo, dado que se enfrenta a una estrategia de globalización capitalista que ya no permite el divorcio entre las perspectivas nacionales, regionales, globales y planetarias es necesario aprender mutuamente de las respuestas que se dan en cada país y región. Esto hace tanto más necesario el diálogo y el recíproco reconocimiento de las izquierdas y sus historias y experiencias innovadoras en regiones del centro y en regiones de la periferia del sistema-mundo.
- Otra interpelación: la teoría europea basada en la crítica del capitalismo que va de Marx a la escuela de Fráncfort, es perturbada por una epistemología del Sur, tal como se explicitará en una introducción más específica sobre Europa, después de esta introducción general. Por ejemplo, el concepto de “colonialidad” (Quijano, 2000) es definido como una relación constitutiva de la Modernidad, y a la vez de Europa y América, y no como una mera práctica específica y abusiva de sujeción y explotación. En tal sentido, la colonialidad no ha desaparecido y desde la perspectiva latinoamericana el poscolonialismo no ha llegado.

Temáticas en común

Las temáticas en común resultan ser numerosas. Dejando al lector la facultad de descubrir la mayor parte por su cuenta, es indispensable sin embargo mencionar aquí dos de ellas que son decisivas en cuanto a la orientación general del presente volumen:

- El crecimiento ya no puede ser considerado ni como la condición de salida de la crisis, ni como un proceso sin fin. La sobreexplotación de los recursos y la contaminación durante los Treinta Gloriosos en el Norte y el desarrollismo en el Sur fueron tales que, a pesar de las apuestas científicas a un crecimiento verde, no existe hasta el momento ningún guion creíble socialmente justo y ecológicamente sustentable de crecimiento de los ingresos para un mundo poblado por 9 mil millones de seres humanos (Jackson, 2009: 57). En el nivel internacional, la preocupación ambiental desde los Estados se focaliza en controlar las consecuencias del recalentamiento de la Tierra, así como en el agotamiento de los “recursos” naturales. Se concentran esfuerzos en lograr acuerdos internacionales entre los gobiernos para reducir las emisiones de carbono. En esto, los nuevos movimientos sociales vigilan y presionan a los gobiernos a través de foros paralelos, como la Cumbre Social de Río de Janeiro. Aunque participan de forma activa de esos procesos, los pueblos originarios de América Latina (también de otras culturas ancestrales del Asia y África) aportan una mirada diferente: la naturaleza no es vista como una masa de recursos externos a explotar o conservar, sino como una entidad viva e histórica que nos contiene, un sujeto con el que una sociedad racional debe tener intercambio material y simbólico. La traducción de la cosmovisión de los pueblos originarios de América como los “derechos de la naturaleza” se conjuga con la búsqueda de opciones a la catástrofe ecológica que Norte y Sur comparten. Sin embargo, el planteo del gobierno de Ecuador (Yasuní)¹ de que Norte y Sur deben ser corresponsables por el manejo de los recursos naturales y el cuidado del ecosistema Tierra no ha tenido respuesta favorable de los gobiernos del Norte, ni los movimientos sociales de esa región han actuado en consecuencia. La propuesta que viene del Sur requiere limitar el crecimiento, reduciendo de manera drástica el consumo desmedido de las poblaciones con altos ingresos y posibilitar el acceso a una vida digna de las mayorías (Acosta y Martínez, 2006; Escobar, 1996). Esta propuesta no fue aceptada por los gobiernos del Norte y no está claro qué posición toman los nuevos movimientos sociales. Este es un ejemplo de la necesidad de pensar y actuar complementaria y cooperativamente con una visión global. Por su parte, en Europa, el Antropoceno lleva a superar la noción de crisis ambiental para concebir una revolución geológica de origen humano. Tomando en cuenta tal acontecimiento, para retomar el término

¹ Se trata de que Ecuador no explote yacimientos petrolíferos en zonas selváticas habitadas, a cambio de una compensación para cubrir una porción de lo que deja de percibir por parte de los países más ricos, que son los que consumen ese producto.

de Bonneuil y Frescoz (2013), el dogma del crecimiento y también el del desarrollo traen más problemas que soluciones. Al otorgar el monopolio de la producción de riquezas a la dinámica del capitalismo, impiden todo cuestionamiento de la mercantilización, avalando de este modo no solo la destrucción del medioambiente, sino también el aumento de la impotencia de los ciudadanos y de las comunidades. En vez de avanzar hacia una sociedad que debata su modelo de vida y de sociabilidad, alientan el inmovilismo, forzando a cada uno a esperar resultados sobre los que no ejerce influencia alguna. Razón por la cual es urgente combatir estos mitos. En este sentido, América Latina muestra que la supervivencia de cientos de millones se basa en economías domésticas locales con un alto grado de autarquía, y el pensamiento crítico afirma que es posible partir de esa base, de la economía popular, extendiendo sus principios al conjunto de la economía. Esa propuesta no renuncia a alcanzar condiciones materiales propias de una vida digna para todos, pero cuestiona la necesidad de una etapa previa de profundización o extensión del desarrollo capitalista. Se pronuncia a favor de cambios en la matriz productiva que den lugar a cierta solidaridad en las relaciones de producción y la gestión de los bienes públicos y comunes, sean estos locales, nacionales o mundiales (Ostrom, 1990).

Es preciso contrarrestar la absolutización de la racionalidad instrumental y desarrollar una racionalidad reproductiva (Hinkelammert y Mora, 2011). Desde luego, esta dimensión reproductiva no es nueva, pero su negación, en el marco patriarcal, sigue perpetuando la opresión de las mujeres (Delphy, 1970). La exigencia teórica de tomarla en cuenta va de la mano de analizar iniciativas que reorganicen las esferas de la reproducción y de la producción, contribuyendo de esta manera a una reinención cultural de lo político (Verschuur, 2005) y a un aseguramiento de las condiciones de vida (Hillenkamp, Lapeyre y Lemaître, 2013). Entran en juego la cuestión del reconocimiento de la economía solidaria (Guérin, Hersent y Fraisse, 2011) que se plantea en ambos continentes y, más con mayor amplitud, acciones políticas que conllevan formas económicas no capitalistas, que se vuelven creíbles para los actores sociales.

- Lógicamente, ya no es suficiente, ni en el Norte ni en el Sur, una redistribución pública que indexa la solidaridad sobre el crecimiento mercantil. Esta arma favorita de la izquierda en materia de cohesión social, a lo largo del siglo xx, asiste a un debilitamiento de su legitimidad. Tanto más solicitada cuanto más crece la exclusión, se enfrenta en Europa al alto nivel de las deudas públicas. Facilitada en América Latina por la evolución favorable del precio de las materias primas, encierra sin

embargo a aquellos países en una situación de dependencia poscolonial de exportación de bienes primarios e induce la profundización de formas de paternalismo y clientelismo. Debiéndose en este conjunto de contradicciones, la redistribución, aunque implantada por los Estados nacionales en Europa y reivindicada por los movimientos sociales en América Latina, ya no logra consenso, y genera incluso reacciones negativas por parte de las clases medias, que cuestionan los esfuerzos que se les pide y fustigan políticas sociales que juzgan demasiado generosas o permisivas. Las discrepancias se profundizan entre los empleados del sector público y de las grandes firmas por un lado, y los desempleados y precarios, nacionales o extranjeros, por otro. Los intentos de arreglar la situación encauzando los gastos públicos han recurrido a privatizaciones, a mecanismos cuasimercantiles en la asignación de los fondos, y a una gestión obnubilada por la eficacia y la eficiencia, sin impedir la degradación de las condiciones de vida de los más desfavorecidos, ni convencer a las clases medias en cuanto a la justicia del sistema.

Frente a este impasse, tiene que ser defendida una nueva desmercantilización en tanto objetivo de sociedad. Es necesario respetar la existencia de comercios y mercados concretos, controlados por instituciones reguladoras, limitando a su vez el intercambio mercantil, en pos de preservar la consistencia pública de las existencias individuales y colectivas, y evitar que un consumismo generalizado empobrezca el intercambio social y alimente un individualismo negativo. Tras la retirada del Estado, tiene que llegar el retorno del Estado, sin obviar, no obstante, las debilidades que pudo mostrar: opacidad, falta de personalización, ausencia de expresión, etcétera.

La nueva desmercantilización no puede satisfacerse con la redistribución monetaria, sino que demanda una redistribución de bienes primarios tales como la tierra. Tampoco puede reducirse a una mera estatización, los bienes comunes exigen múltiples regímenes de propiedad y formas de apropiación (Duchrow y Hinkelammert, 2003). Pero no se puede consolidar un conjunto de principios de integración económica garantizando una pluralidad de producción y de repartición sin adosarlo a una democracia representativa nuevamente legitimada por la introducción de una diversidad de oportunidades de participación. En América Latina está muy presente en la memoria la discusión entre democracia formal y democracia sustantiva, paralela a la de economía formal y sustantiva. En lo referente a la democracia, se diferenció entre una democracia representativa (delegativa), definida por la institucionalización jurídica de procedimientos electorales y afines, por un lado, y otras formas de democracia con una

pluralidad de formas de participación, en las que el pueblo no delega su poder soberano y el contenido social es definitorio de su calidad. Esta diferenciación es equivalente a la que se hace cuando se confronta una economía formal, definida por los métodos de asignación óptima de recursos escasos mediante la institución mercado, y una economía sustantiva, en la que la resolución de las necesidades de todos es el criterio de la buena economía. Básicamente, se trata de ver que las democracias, como sistemas de jerarquización y garantía de los derechos humanos, no están en contradicción, sino que necesitan muchas de las formas de la democracia liberal, sin por eso reducirse a esta. Las perspectivas de economía y de democracia plurales resuenan asimismo en Europa, cuando se pone en relación los aportes de Mauss (1997) y Polanyi (2011) con el auge de prácticas y teorías de las democracias participativas (Blondiaux, 2008; Sintomer, 2007) y deliberativas (Girard y Le Goff, 2010).

Al andar se hace el camino

Los autores, tras circunscribir el territorio de la izquierda por venir, sugieren además que es al andar que se hace el camino (Machado, 1917). De ningún modo se tratará de seguir una vía rectilínea, pues la democracia no tiene como objetivo alguna comunión final. En su defecto, el recorrido futuro puede ser facilitado por una reflexión histórica de larga duración sobre el pasado de la izquierda, junto con una consideración de las inflexiones recientes de la derecha. Si bien el camino no está trazado de antemano, tales son, por lo menos, los principios que pueden ayudar a orientarse.

El desafío es grande. Una nueva izquierda debe definirse no solo por las rectificaciones necesarias a sus errores en el pasado, sino porque hay una nueva derecha que debe ser analizada en sus proyectos y en sus posibilidades. Y esto debe ser hecho con nuevos esquemas conceptuales. La diferenciación no es simplista, en la que lo nuevo desplaza automáticamente a lo viejo. Cada situación implica una variedad de combinaciones: izquierda clásica/nueva, derecha clásica/nueva y sus cruces y coexistencias. Es decir, que la Nueva Izquierda no solo se diferencia de la del siglo xx porque se ha aprendido de aquellas experiencias y se estén superando fallas de aquel proyecto o aquellas prácticas consideradas fallidas desde la perspectiva de su disputa por la hegemonía, sino porque hoy se enfrenta a una derecha que también ha cambiado en sus proyectos, recursos y estrategias, exigiendo nuevas conceptualizaciones y prácticas. Además, coexisten en cada sociedad varias derechas y varias izquierdas. Enmarcando todo esto, venimos experimentado procesos propios de un cambio de época y de ecosistema que incluyen a ambos extremos de la geometría política y sus relaciones. Ello implica que la

cuestión sobre qué caracteriza una izquierda distinta de las variantes de la del siglo xx no puede responderse solo mediante una reflexión sobre su pasado.

Más allá de superar la homogeneización impuesta por la Modernidad, esto es importante porque atravesamos una larga coyuntura de transición epocal, en la que el “qué proponer y qué hacer” responsable exige reconocer límites y posibilidades que se van concretando en situaciones empíricas y prácticas que están, y pretenden estarlo, desprovistas de teorías con pretensión de verdad positivista y asimismo de modelos institucionales con pretensión paradigmática. Se trata de aprender haciendo, pero no de manera irresponsable, sino orientados por principios éticos y de acción. A la vez, la superación de las tendencias a la homogeneización de la Modernidad implica abandonar la búsqueda de principios universales, reconociendo realidades culturales y sociales diversas. En todo caso, parece más apropiado avanzar sinérgicamente aportando principios orientadores comunes, pero también lecciones aprendidas por la experimentación de nuevas instituciones en ambas regiones.

Una nueva izquierda necesita asumir una epistemología y una ontología superadoras de las de la izquierda clásica (Santos, 2009b). De lo contrario, quedará presa de esquemas mentales que impiden reconocer, y actuar sobre los cambios que se están generando en el mundo.

Esto implica otras formas de conocimiento y reconocimiento de la realidad social y natural (incorporando otros modos culturales de producir y convalidar el conocimiento humano), así como revisar las hipótesis o certezas básicas del siglo xx: una sociedad de clases (básicamente burguesía y clase obrera), un Estado (aparato instrumentado en el sentido gramsciano), un concepto de poder (relaciones de dominio), unas tendencias sociales regidas por leyes inmutables de la historia (secuencia de modos de producción, formas de regulación del capitalismo), un concepto de progreso (desarrollo de las fuerzas productivas y crecimiento de riqueza mercantil). También parece necesario superar el esquema clásico de oposiciones/ opciones binarias: Estado/mercado; propiedad privada/pública-estatal; Estado centralizado/territorios autónomos; reforma/revolución; etc. Esto implica dejar de pensar en términos de dilemas unidimensionales para hacerlo alrededor de cuestiones complejas, multidimensionales, sin simples opciones instrumentales, que combinan diversas formas de determinismo y múltiples actores y que no se dan ni pueden encararse de igual manera en todos los momentos y lugares.

Este libro no pretende contestar todas estas preguntas. Sugiere tan solo entablar un proceso de crítica y elaboración que se apoye sobre lo que fue realizado hasta el día de hoy. Para ello, después de esta introducción

común, y considerando que esta obra se dirige a un público amplio del Norte y del Sur, dos introducciones respectivamente dedicadas a América Latina y a Europa proponen una contextualización que opere a su vez como identificación de las diferentes hipótesis del trabajo. A continuación la obra se divide en cuatro partes.

La primera parte sirve aun como un prólogo en la línea de las introducciones, ya que comprende dos contribuciones redactadas en forma de cartas abiertas a la izquierda.

La segunda parte reúne los capítulos escritos por autores sudamericanos, y la tercera, los que fueron redactados por autores europeos. Todos aceptaron resumir el fruto de largas investigaciones de manera tal que inciten al debate.

Finalmente, la cuarta parte, expone otras miradas, tanto sobre otros continentes como sobre una reflexión conclusiva que sitúa este volumen como el primer paso de un trabajo a ser continuado, profundizando la confrontación de los puntos de vista que empezó, enriqueciéndola con otras participaciones y con la sugerencia de transversalidades inéditas.

Bibliografía

- Acosta, A. y E. Martínez (comps.) (2009), *El Buen Vivir. Una vía para el desarrollo*, Abya Yala, Quito.
- Benasayag, M. y D. Sztulwark (2003), *Du contre-pouvoir*, La Découverte, París.
- Bobbio, N. (1996), “Prólogo”, en Fernández Santillán, F., *Norberto Bobbio: el filósofo y la política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bonneuil, C. y J. P. Fressoz (2013), *L'évènement Antropocène*, Le Seuil, París.
- Blondiaux, L. (2008), *Le nouvel esprit de la démocratie. Actualité de la démocratie participative*, Le Seuil, París.
- Cefaï, D. (2007), *Pourquoi se mobilise-t-on? Les théories de l'action collective*, La Découverte, París.
- Delphy, C. (1970), “L'ennemi principal”, *Partisans*, Numéro spécial Libération des femmes, PUF, París.
- Santos, B. S. (2009a), *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común en el derecho*, Trotta, Madrid.
- (2009b), *Epistemología del Sur, Siglo XXI*, México.
- Duchrow, U. y F. Hinkelammert (2003), *La vida o el capital: alternativas a la dictadura global de la propiedad*, DEI, San José de Costa Rica.
- Escobar, A. (1996), *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Editorial Norma, Bogotá.

- EZLN (1999), *Declaraciones de la esperanza. Declaraciones Selva Lacandona. Declaraciones de la Realidad*, Editorial EZLN, México.
- Girard, C. y A. Le Goff (2010), *La démocratie délibérative. Anthologie de textes fondamentaux*, Hermann éditions, París.
- Gramsci, A. (1971), *Selections from the Prison Notebooks* (traducción de Q. Hoare y G. Nowell Smith), International Publishers, Nueva York.
- Guattari, F. (1977), *La révolution moléculaire*, Fontenay-sous-Bois, Encre-éditions Recherches, París.
- Guérin, I., M. Hersent y L. Fraisse (2011), *Femmes, économie et développement*, Eres, Toulouse.
- Hillenkamp, I., F. Lapeyre y A. Lemaître (eds.) (2013), *Securing Livelihoods- Informal Economy Practices and Institutions*, Oxford University Press, Oxford.
- Hinkelammert, F. y H. Mora (2011), *Hacia una economía para la vida. Preludio a una segunda crítica de la economía política*, UNGS/Altamira, Buenos Aires.
- Ihl, O., J. Chêne, E. Vial y G. Waterlot (2003), *La tentation populiste au cœur de l'Europe*, La Découverte, París.
- Laclau, E. (2005), *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Machado, A. (1912), “Canto xxix”, *Proverbios y Cantares. Campos de Castilla*, Renacimiento, Madrid.
- Mariátegui, J. (1928), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Biblioteca Amauta, Lima.
- Mauss, M. (1997), *Écrits politiques. Textes réunis et présentés par M. Fournier*, Fayard, París.
- Ostrom, E. (1990), *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Polanyi, K. (1983), *La grande transformation*, Gallimard, París.
- (2011), *La subsistance de l'homme. La place de l'économie dans l'histoire et la société*, Flammarion, París.
- Quijano, A. (2000), “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, E. (dir.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- Sintomer, Y. (2007), *Le pouvoir au peuple*, La Découverte, París.
- Taguieff, P. A. (2002), *L'illusion populiste. De l'archaïque au médiatique*, Berg International, París.

- Verschuur, C. (2005), “Mouvements de base, genre et justice sociale, réinvention culturelle du politique”, en Hainard, F. y C. Verschuur, *Mouvements de quartier et mouvements urbains. La prise de pouvoir des femmes dans les pays du Sud et de l’Est, Karthale-Enda, Drapol*, Paris, pp. 49-83.
- Zibecchi, R. (2006), *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Tinta Limón y Textos Rebeldes, Buenos Aires y La Paz.